

M. TARRADELL

## SCHULTEN: MEDIO SIGLO DE HISTORIA ANTIGUA DE ESPAÑA

Para comenzar, quiero ahorrárlas toda alusión sentimental o nostálgica. Los que me conocen —o incluso los que sólo saben mi vinculación, durante años, a la institución de la que hoy conmemoramos el cincuentenario— pueden imaginar fácilmente el tumulto de recuerdos que este viejo Laboratorio de Arqueología comporta para mí. Y no digo que despierta, pues son recuerdos que no están dormidos. Pero hay algo que sí deseo manifestar: mi satisfacción al comprobar la vitalidad que hoy mantiene.

Todos ustedes saben que uno de los varios dramas de la institución universitaria, tal como la tenemos montada, es la difícil continuidad de los equipos de trabajo y de investigación. El sistema de cubrir los puestos de profesor no tiene en cuenta la continuidad, por lo general tan conveniente. El mantenerla, como se ha mantenido aquí en estos tres últimos años, es un fenómeno que merece la pena sea destacado. Por otra parte, hay algo en nuestro mecanismo burocrático quizá todavía más grave: la dificultad de que continúe el ritmo de trabajo cuando una cátedra no se halla cubierta.

El hecho de que se pueda conmemorar tan brillantemente el cincuentenario del Laboratorio de Arqueología, en unos momentos en que la cátedra se halla en estas condiciones, dice tanto en favor del grupo de profesores jóvenes que llevan el peso y la dirección del mismo, que no es preciso que busquemos adjetivos para definirlo. Con señalarlo basta. Pero hubiera sido injusto que no se pusiera de relieve, aunque sea de modo austero, como ha sido la norma de nuestra institución durante tantos años.

Los altibajos por los que ha pasado durante el medio siglo de su vida han ido, justamente, vinculados de modo muy estrecho a la situación de la cátedra de Arqueología. Cuando tomé posesión de ella, en 1956, y por la circunstancia de que habían pasado años sin que un catedrático estuviera directamente vinculado al Laboratorio, éste se hallaba en una de las épocas de simple supervivencia. Hasta el punto que cuando procuré darle una nueva inyección

de vida, uno de los colegas de mayor prestigio entre los catedráticos de la Facultad de la época se mostró extrañado de que quisiera continuar con el viejo nombre, que entonces parecía desplazado. Eran tiempos en que aún no se había puesto de moda la palabra Departamento y cuando los centros de investigación vinculados a las cátedras era costumbre que fueran llamados Seminarios. El nombre de Laboratorio parecía arcaico y más ligado a una Facultad de Ciencias que a la de Letras, y el centro parecía acabado.

Sin embargo, yo creí en la continuidad y en que no era justo liquidar la institución dedicada a la arqueología más antigua de la ciudad de Valencia, aunque en aquel momento no fuera más que una sombra. Tuve fe en los jóvenes, en los futuros estudiantes, que un día podrían continuar vitalizándolo. Uno acierta tan pocas veces en la vida, que ya me perdonarán que ahora, ante esta realidad de un centro que se mantiene, contra viento y marea, basado casi exclusivamente en el esfuerzo de un grupo homogéneo y coherente de jóvenes investigadores, les cuente esta anécdota, al fin y al cabo nada desligada de la pequeña historia de nuestro Laboratorio, y que permite que hoy podamos conmemorar su medio siglo de vida.

#### EL PESO DE SCHULTEN EN LA HISTORIA PENINSULAR ANTIGUA

En una conmemoración de este tipo, parece idóneo que nos dediquemos a una tarea de balance. Y si hemos de hacerlo de medio siglo de investigaciones sobre la historia antigua de nuestra península, las fechas 1924-1974 del cincuentenario del Laboratorio de Arqueología no creo que resulten especialmente significativas. En realidad, existe una etapa de alrededor de medio siglo que presenta, en cambio, un claro contenido homogéneo, y que, por otra parte, viene a encajar con la división tradicional de tiempo: me refiero a la primera mitad del siglo xx.

Esta etapa ha sido de gran trascendencia y presenta un neto proceso de continuidad, que se abre en su primera década y que viene a cerrarse en torno a 1950-1960, cuando comienzan a verse los frutos de los trabajos de los años en que, después del paréntesis de la guerra civil y de la inmediata postguerra, se manifiestan los resultados y revisiones, hijos, en buena parte, de nuevas generaciones.

Y no cabe duda que la historiografía peninsular de la primera mitad de siglo referente a la historia antigua gira en torno de la figura de Schulten. Por lo que entonces representó y por el peso que sus visiones han tenido y siguen teniendo, es preciso que nos centremos en su figura y en su obra. Schulten, evidentemente, no lo es todo ni mucho menos. Pero ni el tiempo nos permite desarrollar una historia con pretensiones de que sea completa, ni otras obras presentan tan urgentemente una necesidad de comentario.

Porque vamos a confesar en seguida nuestra intención. No se trata sólo de aportar unos datos con carácter de historia de la investigación, sino, ante todo,

de plantear un hecho que vale la pena que conozcamos: hasta qué punto la visión personal de Schulten, casi nos atreveríamos a decir su «ideología», ha estado y está matizando la visión más divulgada de una serie de hechos capitales de la historia antigua hispánica.

Casi avergüenza tener que recordar que en el campo de las ciencias humanas la mentalidad del investigador, su visión del mundo, las corrientes de pensamiento que ha bebido en la época de su formación, marcan su obra inexorablemente, aun en aquellos campos que parecen alejados de cualquier «contaminación». El mundo de las ideas en que se movió un matemático o un químico resulta elemento secundario, cuando no negligible, a la hora de consultar sus trabajos. Pero conviene conocer las del filósofo o del historiador. Sin embargo, las referencias que habitualmente leemos sobre las figuras que han tenido un papel decisivo en la elaboración de la historia que se considera como válida, acostumbran a prescindir de tales aspectos. Nos dan los datos escuetos y fríos de su biografía y las referencias bibliográficas. La crítica se dirige, por lo general, a los detalles técnicos, sin entrar en los problemas de fondo. Señalamos, pues, una obviedad, de la que nadie, al parecer, discrepa, pero que, no obstante, queda marginada de la realidad de nuestra historiografía.

El caso de Schulten es muy típico. En ciertos ambientes de la arqueología y de la historia antigua ha tenido, entre nosotros, mala prensa. Ha existido y existe lo que Pericot ha denominado «leyenda antischulteniana», nacida como reacción ante el poco caso que Schulten hizo de los trabajos de sus colegas peninsulares y alimentada fácilmente sobre los muchos errores de detalle que es fácil hallar en una obra de temática tan amplia como la suya. Entre sus numerosos y potentes enemigos, nadie, sin embargo, que yo sepa, señaló nunca como uno de los puntos más débiles de su obra la visión nacionalista romántica que aplicó sistemáticamente a la historia antigua de España. Ni la mencionan, ni nadie se ha preocupado de analizarla. Sus amigos y admiradores, que, como es lógico, los ha tenido, han esgrimido en su defensa, por una parte, la importancia y monumentalidad de su obra, y por otra, el romanticismo nacionalista como un mérito básico, puesto que se considera viene a demostrar su «amor a España», que le redimiría de su menosprecio por la investigación indígena.

Nada más lejano a nuestro propósito que resucitar la vieja polémica, hoy privada ya de todo sentido, si es que, tal como se desarrolló, lo tuvo nunca. Todo ello no es hoy otra cosa que historia anecdótica de la vieja arqueología, no desprovista de curiosidad y de interés, pero al margen de los problemas de fondo que hemos de plantear de cara a mejorar la calidad de nuestras investigaciones, o de las futuras, si somos capaces de ello. A la entrada del último cuarto del siglo xx, estar «contra Schulten» o «a favor de Schulten» resultaría un anacronismo. Interesa, en cambio, que, alejados de las viejas filias y fobias personales, analicemos, por vez primera, la obra de Schulten desde el punto de vista ideológico.

Esta obra puede dividirse en tres temas fundamentales<sup>1</sup>:

1. Los estudios de la época anterior a la segunda guerra púnica, a través de la cual nuestra península entra en lo que se ha llamado «la gran historia». No ha sido el aspecto al que Schulten se dedicó más a fondo, a pesar de sus hipótesis sobre los etruscos o tirsenos, tan arriesgadas, o sobre el origen de los iberos y celtíberos. Pero hay un tema sobre el que sus escritos tuvieron gran repercusión: Tartessos.

2. El núcleo que aquí hemos de examinar con más atención, referente a la conquista romana: las guerras celtibéricas y el asedio y caída de Numancia; Viriato; el episodio de Sertorio, y el acto final, con las guerras cantábricas. A cada uno de estos temas dedicó monografías, que siguen siendo decisivas y, de momento, no superadas.

3. Las *Fontes Hispaniae Antiquae*, recopilación de todas las fuentes griegas y latinas referentes a nuestra península, cuyos textos fueron elegidos y comentadas en su casi totalidad por Schulten. Lo cual equivale a decir que apenas quedan aspectos de la Iberia antigua, con referencias textuales, que no hayan sido objeto de atención y comentario por parte de Schulten.

Quedan al margen otros temas menores, que no es preciso enumerar. Los tres grandes bloques de investigación mencionados han tenido una influencia inmensa. De ellos han partido las líneas básicas de los estudios posteriores, de los actuales. Algunos, como los del primer apartado, superadas las hipótesis de Schulten en su casi totalidad, sirvieron, sobre todo, para despertar «como si los tocara con una varita mágica»<sup>2</sup> una serie de puntos que cobraron nueva actualidad e interés, pero hoy podemos decir que en buena parte han caducado. Distinto es el caso de las *Fontes Hispaniae Antiquae*. Entre nosotros, salvo rarísimas excepciones, cuando se dice que alguien «trabaja las fuentes», «conoce bien las fuentes», hay que sobrentender no las fuentes en sí, sino la edición de las *Fontes*. Se pueden utilizar discrepando. Pero nadie ha podido ignorarlas y aun hoy sería interesante calcular cuántos puntos de vista se toman como si fueran *objetivos* y en realidad son de Schulten, puesto que lo que se manejan son los textos en las variantes por él elegidas. No hay que olvidar que no se trata de una edición crítica de los originales, ya que no se dan las variantes de los manuscritos, sino sólo un texto único, el que, a juicio de Schulten, es el mejor, de forma que incluso cuando se prescinde de su comentario no dejamos de estar condicionados por el texto original (a veces incluso arreglado). La enorme facilidad que representa tener a mano de manera cómoda tantos fragmentos de autores diversos, asegura su permanente utilización. Sólo quien pueda disponer de una gran biblioteca de clásicos puede permitirse comprobar,

<sup>1</sup> Una bibliografía muy completa de Schulten se halla en la biografía de Pericot, citada en la nota 5 y que comprende hasta 1940. Posteriormente, sólo hay que señalar dos trabajos importantes: *Iberische Landeskunde*, del que hay traducción castellana con el título de *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid (C. S. I. C.), vol. I, 1959; vol. II, 1963, así como la *Historia de Numancia*, Barcelona (Ed. Barna), 1946.

<sup>2</sup> PERICOT, prólogo a *Siete arqueólogos, siete culturas*, cit. nota siguiente.

en ediciones críticas, autor por autor, si Schulten acertó o no. ¿Cuántos historiadores y arqueólogos están en este caso?

Ahora bien, para nuestro objetivo de hoy, lo que nos importa señalar es el peso de lo que hemos llamado grupo segundo, o sea la historia de la conquista romana y de la resistencia y luchas de los indígenas. Temas como Numancia y las guerras celtibéricas, Viriato, Sertorio, etc., no se han vuelto a tratar tan a fondo después de las monografías de Schulten, por lo que siguen perfectamente vivas y apenas indiscutidas, salvo en puntos de detalle. Pero hay más. Su visión ha sido muy divulgada. En la *Historia de España* editada por Espasa-Calpe y dirigida por Menéndez Pidal, Bosch Gimpera y Aguado Bleye siguen las orientaciones de Schulten, y no hay que olvidar que, por ser la historia general de España más extensa publicada en las últimas décadas, se ha convertido en un texto muy consultado. Lo mismo cabe decir del manual *Historia de España* de Aguado Bleye, tan utilizado por los estudiantes. O de la *Historia de España* de la Editorial Gallach, cuya parte correspondiente escrita por Pericot (su director) es asimismo reflejo de los trabajos de Schulten, y que ha sido una de las historias de España más vendidas en los últimos cuarenta años. Podríamos extender la lista, pero como muestra significativa ya es suficiente. Cuando nos damos cuenta del impacto alcanzado, fuera de los círculos de los especialistas, es cuando creemos que queda todavía más justificada nuestra intención de revisar con qué ideas y con qué sentimientos escribió Schulten sobre estos temas.

Sin embargo, a nivel de biografía y de comentario, han llamado más la atención los aspectos de la obra de Schulten que se refieren a sus trabajos de arqueólogo, y no sólo en el caso, bien justificado, de las excavaciones de Numancia, sino en el de las prospecciones, con sondeos, en busca de Tartessos o de establecimientos coloniales, como la supuesta Mainake en las cercanías de Vélez-Málaga (Torre del Mar). O bien las hipótesis sobre la presencia de ligures o etruscos en la península, o sus ideas respecto de la filiación de los celtíberos y de los iberos. Es precisamente la parte de su obra que ha tenido vida más efímera, las hipótesis que se han visto superadas con mayor rapidez por la investigación posterior y que hoy día casi nadie apoya. La más extensa biografía existente en la actualidad sobre Schulten, la de Márquez Miranda<sup>3</sup> citada, dedica a estos temas la mayor parte del espacio, si prescindimos de los detalles puramente biográficos. Hacia el final el autor, con razón se pregunta: ¿qué queda hoy vigente de la obra de Schulten? Pues bien, se puede responder: casi nada de los temas a los que Márquez Miranda concede mayor extensión en su trabajo, ocupado en su mayor parte por las referencias a Tartessos, y también, en segundo lugar, por los comentarios sobre historia remota, muy anterior a la conquista romana. Paradójicamente, lo que queda de Schulten es lo que se silencia en esta biografía: su visión de la historia de la conquista

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, F., *Siete arqueólogos, siete culturas*, Buenos Aires (Hachette), 1959.

y de la resistencia, sus biografías de Viriato y de Sertorio. Es decir, al lado de su edición de las fuentes y de los intentos de fijación de la geografía antigua de Hispania, su obra de historiador en el sentido más tradicional de la palabra. No queremos insinuar con ello que esta parte de su obra no merezca ser revisada y rectificada. Lo que conviene señalar es que no lo ha sido, o lo ha sido muy poco. Los nuevos puntos de vista son de fechas recientes y no han pasado, de momento, de círculos muy cerrados de especialistas.

#### ESQUEMA BIOGRÁFICO

Veamos primero cuál fue su formación y con qué bagaje se enfrentó con la historia antigua peninsular. Disponemos de algunos trabajos biográficos sobre Schulten. Aparte de esbozos más breves, el capítulo que Márquez Miranda le dedicó en su obra *Siete arqueólogos, siete culturas*<sup>4</sup> y, sobre todo, la biobibliografía, muy detallada y completa, escrita por Pericot con motivo de sus setenta años, en 1940<sup>5</sup>, y publicada por la Universidad de Barcelona, que le había nombrado doctor *honoris causa* en las vísperas de la guerra civil. Resulta fácil, pues, conocer su *curriculum vitae*.

Nacido hace poco más de un siglo (1870) en Eberfeld, se formó en la Universidad de Gottinga, a la que llegó en 1888, en un momento en que ésta contaba entre sus maestros a Wilamowitz, brillante figura que había de jugar un papel importante en la vida de Schulten. Allí obtuvo una formación de historiador de la antigüedad, que podríamos calificar como típica de la mejor escuela europea de la época. Sus bases fueron los estudios de filología y los de derecho romano. A través de estos últimos enlazó y pasó a ser discípulo de otra gran figura, Mommsen. Para un joven que aspiraba a formarse en las ciencias de la antigüedad en las últimas décadas del siglo XIX, haberse formado a la sombra de Wilamowitz y de Mommsen era lo máximo a que podía haber aspirado. Ciertamente, no se puede pedir más. Esta formación había de darle una superioridad aplastante sobre los investigadores españoles contemporáneos que encontró en el país cuando comenzó a trabajar aquí. Esta es la clave de su éxito, así como de las envidias que despertó, y del desprecio, más o menos disimulado, que mantuvo toda su vida por los colegas peninsulares, aun cuando con el paso del tiempo la calidad de éstos, afortunadamente, iba cambiando, de lo que, al parecer, Schulten no quiso, o no pudo, darse cuenta.

Tal formación era mucho más de filología, de fuentes y de derecho que de arqueología, tal como se podía esperar de la época y de la escuela, lo cual repercutió asimismo en su obra, que jamás se distingue por la calidad de su tra-

<sup>4</sup> Véase nota 3.

<sup>5</sup> PERICOT, L., *Adolfo Schulten. Su vida y sus obras. Homenaje de la Universidad de Barcelona a su Doctor H. C. con motivo de su 70 aniversario*, «Anales de la Universidad de Barcelona. Memorias y Comunicaciones», 1940, pp. 45 a 76.

bajo de campo ni de las conclusiones que del mismo obtuvo. En aquellas fechas las buenas técnicas de excavación comenzaban a estar en manos de los prehistoriadores mucho más que de los dedicados a la arqueología clásica. Así, su primer contacto directo con el mundo mediterráneo fue más goethiano que rigurosamente arqueológico: obtuvo una pensión de viaje y durante largo tiempo recorrió Italia, por lo general a pie, visitando ruinas, pero con un interés apasionado en conocer la vida de las gentes, disfrutar del sol y del aire, de la amistad y de los vinos.

La beca la obtuvo gracias al apoyo de su maestro Wilamowitz, de la misma manera que, más tarde, debió a la protección del mismo su puesto de *privatdozent* en la Universidad de Gotinga (1896-1906). Su primer campo de investigación fue el Africa del Norte, donde en aquellos momentos comenzaban a revelarse las enormes posibilidades que ofrecía para el conocimiento del mundo romano, debido a la conservación de los monumentos y al relativo buen estado de las ciudades en ruinas. Schulten publicó varios trabajos sobre Africa romana, entre ellos una visión de conjunto titulada con este nombre (*Das römische Africa*, 1899), muy divulgada —fue traducida al francés y al italiano—, e incluso después de que se decidiera por España como centro básico de trabajo, continuó interesándose por el tema, publicando recensiones de libros y una crónica anual de novedades (*Archaeologische Neugierkeiten aus Nordafrika*), que no se interrumpió hasta el comienzo de la guerra de 1914. A través del Africa mediterránea se introdujo en la arqueología de campo, experiencia que había de resultarle muy provechosa cuando entró en los problemas de nuestra península.

Lo hizo por la vía de las fuentes. Leyendo a Apiano, pensó que sería posible estudiar sobre el terreno, con ayuda de excavaciones, el aparato militar del asedio de Numancia. En 1905 comenzaba a desenterrar los restos de la ciudad y, a continuación, los campamentos.

No sabemos que nadie haya señalado nunca el extraordinario peso que ha tenido Wilamowitz en la historia de nuestra investigación. Acabamos de ver el papel que jugó en la juventud de Schulten y los apoyos que le prestó, que continuaron ya concretamente en el caso de Numancia, pues fue gracias a su gestión que Schulten consiguió mayores subvenciones para sus trabajos de campo, incluida una fuerte ayuda dada por el mismo Kaiser.

Pero no sólo se trata del caso de Schulten. Pocos años más tarde de los hechos que relatamos, en 1912, llegaba a Alemania un joven catalán para ampliar sus estudios de filología griega, comenzados en Barcelona. El estudiante, que entonces contaba unos veinte años de edad, se llamaba Bosch Gimpera. Cuando en Berlín entró en contacto con Wilamowitz, éste le sugirió que un nuevo especialista de lengua griega en España no resolvía ningún problema esencial, en tanto que la arqueología clásica peninsular necesitaba urgentemente de estudiosos que desvelaran sus secretos y la colocaran a la altura de la investigación moderna. El consejo fue decisivo, y Bosch Gimpera volvió arqueólogo.

Basta recordar lo que han representado en la historia de los trabajos sobre el mundo antiguo en nuestra península, desde el neolítico hasta los romanos, los nombres de Schulten y de Bosch Gimpera, que han sido los dos ejes sobre los que ha girado todo hasta hace pocos años, para que Wilamowitz merezca un lugar destacado en un campo que él, directamente, no cultivó nunca.

«FIN DE SIGLO» Y «NOVENTA Y OCHO»

En los trabajos biográficos que antes hemos citado, se califica a Schulten, reiteradamente, de «romántico». Tuve ocasión de tratarle en mis primeros años de estudios universitarios, y recuerdo que, cuando todavía no habíamos pasado de unos primeros contactos, ya me manifestó que era poeta y que lo primero que había escrito habían sido versos. Y añadió con énfasis (repito las palabras exactas): «Naturalmente, dedicados a una mujer.» La palabra «romántico» se emplea a menudo con un contenido muy vago, pero creo que es fácil entender lo que quieren indicar sus biógrafos, y lo que refleja su ingenua y casi precipitada confianza.

Tal romanticismo es un rasgo que nos parece capital para comprender la historia antigua de España que elaboró.

Su primer contacto con este país fue anterior a que se le despertara el interés por las guerras numantinas. Había estado en 1899, cuando «aún no tenía en España fines científicos, y sólo quería, después de haber conocido a fondo los demás países mediterráneos, conocer también la tierra romántica por la que tanto entusiasmo sentían los poetas alemanes»<sup>6</sup>. Es casi seguro que esta versión procede del mismo Schulten, y es fácil descubrir a qué poeta (o escritores) germánicos se refiere la cita.

Ignoramos hasta qué punto el romanticismo alemán pesó en su formación llamémosle literaria, pero es evidente que los conoció, y aun es posible sospechar que fueran, en parte, sus modelos cuando escribía versos. Por las pocas conversaciones que pude tener con él sobre temas literarios, no me pareció que en este campo estuviera muy al día. Pero, sin duda, el ambiente de fin de siglo, en el que transcurrió su juventud, enlazaba hasta cierto punto con un ambiente «romántico». Por lo menos, en el sentido en que podemos calificar así las corrientes antirracionalistas que ilustran nombres clave de la época, como pueden ser Nietzsche y Wagner, Ibsen y Schopenhauer, Maeterlinck y los prerrafaelistas, para citar figuras heterogéneas, pero en ciertas líneas coincidentes, del pensamiento, de la literatura, de la música y de la plástica del complejo, vital y tempestuoso fin de siglo. Quizá cuando, por aproximación, se le denomina romántico, los autores quieren señalar también al hombre de esta época.

Frente a la tradición derivada de las corrientes positivistas que habían dominado buena parte del pensamiento y, por lo tanto, de la historiografía —y

<sup>6</sup> PERICOT, *id.*, p. 52.

concretamente de la antigua— en el siglo XIX, lo que se respiraba en los momentos en que Schulten estaba en torno a sus veinte años era un cierto neoromanticismo, diversificado en mil ramas, inconcreto, pero firmemente presente en cada una de las vertientes que vienen a representar los nombres que hemos citado, y a los que se podría con facilidad añadir otros quizá menos espectaculares, pero no inferiores en significado. No estamos en condiciones de poder valorar con exactitud hasta qué punto caló en nuestro hombre la gama de efluvios del *fin du siècle*, pero no cabe duda que resultaría absurdo pensar que no le afectó.

Por el contrario, hay en su obra una constante vibración típica del neoromanticismo, cuando se encara con las figuras del pasado, cuando enfoca los hechos y los pueblos que van a ser objeto de su quehacer de historiador. «Ha sido, además —escribe Pericot<sup>7</sup>—, un poeta, autor de obras de subido lirismo, y ha puesto en todas sus actuaciones la nota romántica. Esta cualidad adquiere especial valor en sus emotivas reconstrucciones literarias de ciudades o de personajes antiguos: Viriato, Sertorio, Numancia, Tartessos, los cántabros y mil títulos más. En esos libros y artículos, que son un verdadero monumento a la Hispania heroica y, al mismo tiempo, a los paisajes y los hombres de la España eterna.»

Ya está dicho un concepto clave: la *España eterna*. Junto al «subido lirismo» y a la «nota romántica», Pericot nos señala la meta a la cual se dirige la exaltación deformadora de su lirismo romántico: hacia un determinado mito que hallaremos subyacente en las reconstrucciones del historiador.

La mencionada biografía de Schulten por Márquez Miranda se incluye en su libro *Siete arqueólogos, siete culturas*, cuyo programa es ofrecer, a través de unas grandes figuras de la arqueología, el proceso de descubrimiento de una serie de culturas importantes. Los títulos de las siete partes responden, por lo tanto, a su contenido. Así, por ejemplo, algunos se titulan: «Émile Cartailhac y el arte paleolítico europeo»; «Jacques de Morgan, el excavador de Susa»; «Schliemann el de Troya y la civilización micénica», o «Arthur Evans y la civilización minoica». El único capítulo que rompe esta lógica norma es el dedicado a Schulten, cuyo título es «Adolf Schulten y España, la invariable». ¿Qué es lo que quiso significar Márquez Miranda con tan raro comienzo? Suponemos que hay que interpretarlo como que Schulten trabajó sobre una «España eterna», sobre un país que, por lo visto, se diferencia de los restantes en que trabajan los arqueólogos, por el hecho que los estudios de historia antigua se interfieren y se pueden relacionar directamente con la sociedad actual, caso único, puesto que no se aplica a los restantes territorios de los que se estudian las culturas prehistóricas o antiguas, y que, por cierto, no son zonas que hayan sufrido transformaciones espectaculares por causa de la vida moderna, ya que se trata, por ejemplo, de Creta o el Irán. Sería injusto culpar sólo a Schulten de este extraño, sino pintoresco, concepto. Pero no cabe duda

<sup>7</sup> Prólogo a *Siete arqueólogos...* (cit.).

que el enfoque de buena parte de su obra permite semejante resbalón y la caída en el desgraciado tópico.

Dejemos la palabra a Schulten y copiemos, como ejemplo, una muestra: «La situación especial en que se halló Sertorio frente a los nativos, sólo es explicable, más que nada, por el carácter de los iberos. Para comprender a Sertorio en su totalidad debe conocerse a España, la vieja y la nueva en la que aquélla sigue perdurando.»<sup>8</sup>

El mito se nutre, por una parte, de la formación literaria alemana de Schulten, a la que antes se ha hecho alusión; deriva de la visión de los románticos (los auténticos, cronológicamente) que habían redescubierto y se habían extasiado con Calderón, y sobre cuya trascendencia en una cierta visión tópica de España, por parte de las gentes del norte de los Pirineos y no sólo de los alemanes, no es necesario insistir. Se apoya, por otra parte, sobre una determinada visión del paisaje castellano, desnudo, austero, duro, que impresiona a los hombres que vienen de las áreas del bosque, de los verdes prados, de la niebla y de la lluvia. Schulten, a lo largo de su vida y paralelamente a sus trabajos de investigación, gustó de escribir pequeños cuadros, notas, breves artículos que reflejan recuerdos de viaje, ideas y sentimientos experimentados al pasar.

Si lo enfocamos desde este punto de vista, no sorprende que uno de los primeros, publicado en 1903, se titule *Toledo*, que otro sea dedicado a *Avila, la ciudad de Santa Teresa* (1924), que entre medio hallemos *Spanien im Don Quijote* (1919). Con frecuencia aparece, con fuerte acento, la referencia al paisaje, que es normalmente el paisaje de Castilla, es decir, el que le impresiona, y al que hallamos constantemente en sus obras históricas, como trasfondo de su narración de los hechos de la conquista romana o de la resistencia. El exotismo, la austeridad y la dureza de este paisaje, por lo general, tienden a ser deformados por exageración, románticamente. Incluso en algún caso el lirismo romántico aplicado con grandilocuencia, aunque sin retórica, al paisaje se extiende a zonas que no son la Meseta. Si alguien de entre ustedes conoce la descripción schulteniana de una subida al poblado ibérico de la Serreta de Alcoy, no habrá dejado de sonreír ante la pintura de una excursión que aparece como casi heroica. Es cierto que, por lo visto, pilló un día lluvioso y desapacible, pero la ascensión, tranquila y sin riesgos, por unas montañas ciertamente benignas, se convierte en su texto en una dura lucha en la que él se autopresenta como un «pesado alemán», en contraste con la facilidad y la ligereza que muestra don Camilo Visedo, su acompañante, que en la narración hace el papel del indígena, que sube como una «liebre ibérica».

No creo que sea inútil recordar que Schulten fue contemporáneo de los hombres de la generación del 98. Los «descubridores» del paisaje castellano y sus cantores encendidos, nacen muy poco antes o muy poco después que Schulten: Unamuno, en 1864; Baroja, en 1872; Azorín, en 1873; Antonio Ma-

<sup>8</sup> *Sertorio*, p. 16.

chado, en 1875. Es difícil hallar mayor paralelismo cronológico, pues ya hemos visto que nació en 1870.

¿Leyó Schulten a estos autores? ¿Le influyeron? No podemos contestar a estas preguntas, pero en todo caso estaba en la misma línea. «... a quien dudase del apasionado afecto que Schulten sentía por lo hispánico le pediríamos que leyera las páginas dedicadas al heroísmo de los numantinos, que hacen asomar las lágrimas a nuestros ojos, o las que se refieren al paisaje soriano, verdadero canto a Castilla», escribe Pericot.

La visión noventayochesca del paisaje castellano no es algo anecdótico, marginal a su obra de historiador. Enlaza y es elemento constituyente de la «España eterna» de Schulten. En su *Historia de Numancia* hay todo un capítulo, titulado «El paisaje numantino», que se dice que «el severo carácter del terreno se ajusta al trágico espectáculo que esta campiña contempló hace dos mil años». Cuando a principios de siglo se pasaba de Alemania, y concretamente de los centros industriales de la Alemania renana, donde él había nacido y se había formado, a España, se pasaba del mundo del desarrollo al mundo del subdesarrollo, sobre todo cuando la estancia principal hispánica se concretaba en Soria, excavando Numancia. ¡Resultaba tan tentador pasar de los celtíberos a lo que se le aparecía ante los ojos, con el intermedio del *Quijote*, de los místicos y de los tercios de Flandes! Buena parte de lo que valoraba de España el bueno de Schulten, como tantos extranjeros, era en realidad el subdesarrollo, lo que hacía al país «diferente», como reza el famoso *slogan* turístico. He hablado suficientemente con Schulten para saber que lo que le encantaba era la hospitalidad y la cortesía (tiene un breve artículo de 1934 titulado *Das Land der Hoflichkeit*, el país de la cortesía), la vida y las ideas casi medievales de las mujeres —la mujer española fue otro de sus tópicos—, la calma y las tertulias en las que no se contaba el tiempo, etc. Todo lo que quedaba al margen de la vida moderna, de la sociedad industrial. Curiosa dualidad. Amaba dos países, el suyo y España. Para Alemania deseaba su continuidad dentro de las corrientes modernas. Para España deseaba el más absoluto inmovilismo. Dualidad, por otra parte, característica de muchos extranjeros que se declaran entusiastas de España. No es de extrañar, pues, que Schulten manifestara claras reticencias respecto de las nuevas corrientes que circulaban por el país antes de 1936. Su España «una y eterna» no veía con simpatía, por ejemplo, que aparecieran libros científicos en lengua catalana, y lo manifestaba, a pesar de la excelente amistad que le unía con Bosch Gimpera y su grupo. Así, en 1940 se podía escribir que «tanto como censuras oímos antes para ciertas tendencias, hemos escuchado ahora (1940) su cordial adhesión a la nueva España», lo que es muy significativo conociendo la profunda antipatía que le inspiraba el nacionalsocialismo alemán y su odio por Hitler. Contra lo que pudiera parecer a primera vista, dados tales antecedentes, el nacionalismo castellano que profesaba, en función de su «España eterna», no le dio facilidades en Madrid. La única Universidad que le publicó textos importantes fue la de Barcelona, editora de las *Fontes*, y la única también que, en la primavera

de 1936, le nombró doctor *honoris causa*. En la necrología publicada en *Archivo Español de Arqueología*<sup>9</sup>, escrito muy duro (contra lo que es costumbre en las notas necrológicas), se hace constar que Schulten siempre tuvo cerradas las puertas de los centros académicos de Madrid, y que donde se le hizo caso fue «en provincias».

#### HÉROES Y «PUEBLOS HEROICOS»

«Los destinos trágicos, tanto de la patria como de la propia vida, animan al historiador no menos que al poeta. Esto se ve en la trilogía de los tres historiadores más grandes de la antigüedad. Todos ellos han sido llevados a sus sombrías y grandes obras históricas por el destino trágico de la patria: Tucídides, por la caída de Atenas; Salustio, por el asesinato de César, y Tácito, por el hundimiento de la libertad. La musa que besa la frente de los grandes historiadores es la trágica. Al tiempo que se lamentan sobre el ocaso de los ideales, su mirada, vuelta hacia el pasado, reposa con nostalgia sobre las grandes figuras de los mejores días.»<sup>10</sup>

Estas frases de Schulten, que forman parte de la biografía de Sertorio, definen de modo lapidario y solemne su concepto de la historia, porque lo que no acaban de decir se sobrentiende y porque sólo caben en un contexto mental de un determinado tipo de historiador, reflejo a su vez de unas determinadas corrientes y de una época concreta.

En el prólogo de su *Historia de Numancia* declara: «Mi objetivo no ha sido solamente científico, sino también artístico, pues la historiografía es ciencia y arte a la vez, lo que en la época actual, tan apartada del arte, se desconoce con frecuencia.» Este prólogo está fechado: «Erlangen, 1933-Tarragona, 1944.»

El «destino trágico» presupone al héroe. Ya sabemos, pues, que lo que buscará Schulten en las figuras de sus grandes biografiados será al «héroe». Viriato y Sertorio se hallan en este caso, según su visión. Y dentro del héroe, el «carácter», que habrá de responder a las mejores cualidades humanas, a la grandeza que contrastará con el amargo fin a que están destinados. El héroe será, como en las novelas elementales y en las películas destinadas a las masas, «el bueno».

No es de extrañar que nos hallemos ante el caso de que la figura de Sertorio resulta mucho más matizada en Plutarco que en Schulten, lo cual no sólo es notable, dada la diferencia de épocas y de conceptos de la historia que separa a ambos historiadores, y por la tradición erudita y racionalista que Schulten tenía detrás, sino porque precisamente Plutarco se apoya en Salustio y, por tanto, en la corriente de los historiadores romanos favorables a Sertorio, como hemos de ver más adelante.

El héroe es un ser superior, envidiado:

<sup>9</sup> El autor es GARCÍA Y BELLIDO.

<sup>10</sup> *Sertorio*, p. 25.

Perpenna presentado como inferior a Sertorio en calidad de jefe militar: «Hombres tales odian, ya de por sí, y por su inferioridad, a los mejores, odio que aumenta a medida que su incapacidad crece. En definitiva, Sertorio fue asesinado por igual motivo que César: por envidia, porque era muy superior a los que le rodeaban, destino de todos los grandes hombres.»<sup>11</sup> ¿Era la envidia la causa de todo, tal como se plantea en este párrafo, que refleja el entusiasmo, algo nietzscheano, por el *hombre superior*? El mismo Schulten, cegado por esta visión, parece olvidar que en la misma página escribe, siguiendo la sugerencia de Apiano: «El comportamiento de Sertorio hacia los que le rodeaban había ido empeorando. La defección inicial había acarreado represalias; éstas, a su vez, nuevas defecciones, y éstas, nuevamente, contramedidas más rigurosas todavía. Pudo muy bien haber sucedido que nadie se sintiera seguro y que los conspiradores dieran el golpe para evitar el que contra ellos temían.»<sup>12</sup>

El héroe es un privilegiado:

«Pertenece Sertorio a aquellos hombres privilegiados que, desprendidos de todo, dependen totalmente de sí mismos y que han labrado la obra de su vida enteramente de su propia fuerza.»<sup>13</sup>

El héroe es un ser trágico:

«Atraviesa la vida de Sertorio un hálito trágico, que le transmite un encanto propio.»<sup>14</sup>

Al héroe se le pueden permitir muchas cosas:

«No andaba remiso Sertorio, para lograr sus objetivos, en la elección de medios. Vemos que, donde era preciso, mentía, falsificaba cartas e inventaba sueños. Se deben permitir, con Maquiavelo, estos procedimientos inmorales al político.»<sup>15</sup>

Cuando del «hombre» pasamos al «pueblo» o, si se quiere, al país, la glorificación romántica del heroísmo deja de ser ya tan inocua. Entonces resulta que los pueblos se dividen, casi metafísicamente, en los vulgares y «los otros». Los otros son los pueblos de valientes, de guerreros, son los pueblos heroicos. Ni que decir tiene que los hispánicos que lucharon más arduamente contra los romanos —los lusitanos, los celtíberos, los cántabros, los astures— están en este caso.

No nos entretendremos en ir ensartando citas tomadas de los textos de Schulten. ¡Son tantas las posibles! Pueden hallarse de aquí y de allá, en muchas páginas de sus textos, sobre Numancia, sobre Viriato, sobre Sertorio, sobre las guerras cántabras, o en cualquiera de los pequeños artículos. Son las páginas que, según hemos citado antes, emocionan al lector hasta hacerle derramar lágrimas, las que justifican el amor de Schulten hacia España, etc.

El héroe y el pueblo heroico, por otra parte, se identifican y se entrelazan.

<sup>11</sup> *Sertorio*, p. 170.

<sup>12</sup> *Id.*, p. 170.

<sup>13</sup> *Id.*, p. 206.

<sup>14</sup> *Id.*, p. 206.

<sup>15</sup> *Id.*, p. 198.

Así, el emocionado canto lírico puede ser compartido por ambos, y todo el aparato de la historia erudita sirve para que, junto a una técnica de historiador, dotado de todos los «adelantos» del tiempo, se deslice la ideología, que para muchos lectores queda disimulada ante lo que parece frío proceder científico, ante tanta nota a pie de página, tanta cita de fuentes clásicas, tanta sensación de sobriedad científica. Pero cuidado: estos comentarios podrían, quizá, permitir la sospecha de que Schulten resultaba un historiador desfasado, anticuado, fuera de las corrientes de su tiempo. No. El neorromanticismo nacionalista que conduce a Schulten por estos caminos no es exclusivo de él, sino que enlaza con otras figuras contemporáneas. No olvidemos que por los mismos años, con muy escasa diferencia, en que se publicaban las biografías de sus héroes, otro historiador romántico nacionalista, de edad parecida a la de Schulten, Menéndez Pidal, publicaba *La España del Cid*, escrito con ideas y sentimientos paralelos.

Aunque nacionalismo y romanticismo, tanto cuando se presentan independientes entre sí como cuando aparecen combinados, son dos movimientos muy típicos del siglo XIX, tienen respecto de la visión histórica un momento culminante en las primeras décadas de nuestro siglo, coincidiendo con la primera guerra europea. Schulten y Menéndez Pidal se hallan, pues, situados en un contexto de muy clara y precisa identificación y filiación. Es bien sabido que las polémicas entre historiadores no han alcanzado quizá nunca la virulencia que tuvieron las desarrolladas entre historiadores alemanes y franceses en torno a aquellos años, convertidas en arma política y psicológica. Baste recordar los «estudios» sobre el nacimiento del arte gótico y su vinculación respectiva con lo germánico o lo francés, como ejemplo de los más significativos, entre otros tantos que podríamos citar. No es éste el caso de Schulten, pero conviene no olvidar que su *Viriato* y su *Sertorio* fueron escritos, precisamente, durante el lapso de tiempo que, a consecuencia de la guerra, Schulten no podía trabajar en la arqueología de campo en España, y se dedicó, sobre todo, a investigaciones que podía realizar sobre textos, recluido en Alemania, donde, por otra parte, disponía de tiempo, ya que no fue movilizado. Respirando el aire que se respiraba, y dada su identificación moral con los indígenas hispánicos que se oponían a la conquista romana y con la «España eterna», era indudable que hubiera resultado difícil que hubiera podido tomar otra dirección que la que se manifiesta en sus obras.

El problema de la mitificación del ardor manifestado por ciertos grupos o individuos de los pueblos indígenas hispánicos en su lucha contra la conquista romana nada tiene que ver con los hechos en sí. Se dispone de una documentación abundante que coincide en señalar la virulencia que alcanzaron las guerras, la belicosidad de los pueblos del centro y del norte peninsular, las dificultades con que tuvieron que enfrentarse los ocupantes, etc. No se trata, ni mucho menos, de discutir la veracidad de las fuentes ni de subvalorar el «heroísmo» indígena. El problema de fondo es de valoración y de explicación.

En primer lugar, situar en su punto la historia de la conquista como una

«guerra colonial» y colocarla dentro de la perspectiva general del proceso de la conquista romana del mundo, lo que es algo elemental en metodología histórica, pero que se acostumbra a silenciar. En segundo lugar, es preciso el análisis de la situación interna, de las sociedades indígenas, para poder comprender las causas y las circunstancias que explican el «heroísmo».

#### LA CONQUISTA DE HISPANIA EN EL CONTEXTO DEL EXPANSIONISMO ROMANO

Vayamos al primer aspecto. Forma parte de la tradición general que cuando se narran las guerras romanas de conquista en nuestra península se las aísla de lo que contemporáneamente sucedía en el mundo mediterráneo. Como resultado, se desprende que indígenas y romanos luchaban «de poder a poder», como si se tratara del enfrentamiento de dos potencias militares. Que los historiadores locales hayan caído en este sistema se puede explicar, porque al escribir «historia de España» pueden creer correcto prescindir del resto del mundo. Pero ya es más notable que un autor pertrechado con una formación general, sólida, de historia de Roma, pueda caer en el mismo escollo. No se pretende que sea indispensable, al narrar unos hechos determinados en un país concreto, insistir a cada párrafo sobre el contexto general, pero sí que resulta peligroso prescindir de tal contexto a la hora de las interpretaciones y de las valoraciones. Entre los centenares de páginas que Schulten dedicó a las guerras hispánicas del siglo II y del siglo I a. de C. no hemos conseguido hallar una alusión al carácter marginal que tuvieron para la política romana, dado la diferencia, inmensa, entre el valor que tenía para Roma el territorio disputado en la Meseta o en el área cantábrica en relación con los países que eran el centro del mundo antiguo y que iba conquistando simultáneamente.

Si lo situamos dentro de la problemática de la política expansionista romana, el problema hispánico cambia totalmente de aspecto. Les ruego que me perdonen si me veo obligado a recordar hechos propios de los manuales casi elementales. Pero si los recuerdo es porque es corriente que aparezcan olvidados.

La lentitud de la conquista de la península no sólo se explica por la oposición bélica de una parte de sus habitantes. En los dos siglos escasos que duró, Roma pasó de un poder cuyo dominio ni tan sólo alcanzaba toda la península itálica, puesto que no había conseguido todavía la anexión de las ricas tierras del norte, de la llanura del Po, y cuyo territorio marítimo se limitaba a las islas inmediatas (Sicilia, Cerdeña y Córcega), a tener bajo sus manos todos los países que entonces contaban en el mundo, salvo Mesopotamia.

La situación inicial ya era de por sí anómala. Como consecuencia de la maniobra de contraataque en la segunda guerra púnica, cuando los romanos tenían a los ejércitos de Aníbal en casa, el litoral mediterráneo hispánico había sido conquistado por Roma. Más que como parte de un programa expansio-

nista, como un azar de la gran guerra contra Cartago. Así se daba la extraña situación siguiente: al acabar la guerra, al final del siglo III a. de C., el territorio hispánico se hallaba desconectado por tierra de Roma, constituía una isla, un dominio aislado, ya que los romanos todavía no dominaban ni Provenza ni el Lengüadoc, ni toda la zona del norte de Italia.

De entrada, pues, resultaba un dominio geográficamente casi prematuro. Pero, además, los ojos de Roma estaban puestos en el objetivo primordial, la conquista del Mediterráneo oriental, la herencia de lo que un día había sido el imperio de Alejandro, lo que entonces constituía el centro del mundo y de sus riquezas.

En estas condiciones, los asuntos de Hispania eran muy secundarios, vistos desde el ángulo de la política de los dirigentes romanos. No es de esperar que se comprometieran en el asunto fuerzas importantes. En los mismos años en que se consolida la zona litoral ocupada y se divide el territorio hispánico en dos provincias, el objetivo central de Roma estaba en Macedonia: son los tiempos de las luchas contra Filipo, cuando en 197 tiene lugar la decisiva batalla de Cinoscéfalos, en que se decidió el predominio de la legión sobre la falange y cuando Flaminio hizo, en 195, su famosa proclamación de la libertad de Grecia en los juegos ístmicos. A continuación tenemos la intervención ya en Asia: la guerra contra Antíoco de Macedonia, la ocupación del Asia Menor. El problema macedónico no se acaba de resolver definitivamente para Roma hasta la batalla de Pidna en 168. Comienza la penetración económica, a fondo, en el Mediterráneo oriental: problemas con Rodas, creación del puerto franco de Delos en 166. El eje de la política y de la economía romana está, pues, como es lógico, en el otro extremo del Mediterráneo. ¿Se podía esperar que se produjeran preocupaciones notables por los asuntos de Celtiberia? Conviene recordar que mientras Marcelo desarrollaba sus campañas contra los celtíberos (154-152), o mientras Viriato se ponía al frente de los lusitanos (147-139), tenía lugar la última guerra contra Cartago y la revuelta de Grecia, seguida de la conquista definitiva. ¿Es preciso recordar de nuevo la fecha del 146, fecha simbólica si las hay, en que en el mismo año se destruyen Cartago y Corinto, símbolos de dos situaciones y, no lo olvidemos, dos grandes puertos competidores de Roma?

No es por una simple cuestión de azar que la resistencia de la Meseta se acabe pocos años después, en 133, con la toma de Numancia. Resueltos favorablemente los grandes problemas, Roma podía mandar un ejército suficiente para acabar con una cuestión que, por larga, se había hecho engorrosa. No estaría mal que se hiciera remarcar lo que pudo influir en el aparatoso asedio de Numancia la presencia de Escipión Emiliano al frente de las legiones romanas. El militar que llegaba con la aureola gloriosa de haber arrasado nada menos que una ciudad de valor tan simbólico como Cartago, la patria de Aníbal, no podía permitirse el lujo de jugarse su prestigio por una afortunada acción de unos grupos de guerrilleros celtibéricos.

Es sorprendente que su fervor por valorar el papel de las guerras haya cegado a Schulten de tal manera, hasta el punto de hacerle olvidar el contexto

histórico que acabamos de resumir tan brevemente. En el capítulo I de su *Historia de Numancia*, titulado «Importancia de las guerras hispánicas», no se hace alusión a ello, y, en cambio, se defiende que tales guerras jugaron un papel fundamental hasta en la crisis que llevó a la descomposición de la República, olvidando los factores económicos que modificaron la sociedad romana, y no precisamente por causa de nuestra península, sino del desequilibrio producido por la entrada masiva de las riquezas y de las posibilidades del otro extremo del Mediterráneo, en lo que todos los historiadores están de acuerdo. Por otra parte, hallamos frases como: «Roma superó a los iberos en constancia, y ello fue decisivo.» Uno se puede preguntar: ¿sólo en constancia? Con ello se trata de demostrar que, si no fuera por el sentido individualista, por la falta de unión y por la inconstancia que se atribuye a los indígenas (como se atribuye también a los españoles), la derrota militar de Roma era casi segura.

#### GUERRA COLONIAL

Las guerras de los romanos en Hispania fueron unas típicas guerras coloniales. ¿Qué se entiende por guerra colonial? Las que lleva a cabo una potencia no contra otra potencia, sino contra pueblos lejanos, geográficamente, del área central del mundo, marginales asimismo por su desarrollo, en las que juega un papel muy importante el dominio de materias primas, que en el caso hispánico eran básicamente los metales.

Tales luchas acostumbra a presentar unas características sociales y militares específicas. Es posible que sea anacrónico —aunque quizá no ilógico— pedir a un hombre nacido en 1870 que enfocara con acierto el estudio de una guerra colonial. Nosotros tenemos hoy una óptica muy distinta. Los últimos tiempos nos han proporcionado una sensibilidad especial, porque han sido tiempos en que las guerras coloniales han jugado un papel destacado en la política mundial. Recordemos los nombres de Argelia y del Vietnam. Aunque se trate de luchas que han tenido un sentido inverso a las que comentamos, nos han abierto hondas perspectivas sobre determinadas características que, sin duda, son válidas para comprender fenómenos, más o menos paralelos, acaecidos en la antigüedad. Hemos visto la eficacia de la guerrilla, por parte de indígenas buenos conocedores del terreno, incluso contra ejércitos pertrechados con los elementos más mortíferos de la guerra moderna. A estas alturas no se le puede ocurrir a nadie presentar a la técnica bélica de la guerrilla como algo estrictamente vinculado a los pueblos ibéricos, porque sabemos que constituye un tipo de lucha a la que recurre cualquier pueblo en determinadas circunstancias; y para explicar, por tanto, las guerras celtibéricas o cantábricas ya no es preciso acudir a la «España eterna», ni a los toros, como hace Schulten. Porque Schulten, que estaba muy por encima de la mentalidad del turista aborregado que ahora nos visita masivamente, sin embargo tiene extrañas caídas. Así, cuando nos quiere ilustrar sobre la guerrilla y nos

dice: «Hoy todavía puede ser estudiada en la corrida de toros la constante alternativa de ataque y fuga en la lucha de los chulos [*sic*] con el toro, de acuerdo con la vieja táctica de los iberos.»<sup>16</sup>

Las guerras coloniales pueden ser duras, largas. Desproporcionadamente difíciles para una potencia en relación con la fuerza teórica del «pequeño» enemigo. Con frecuencia se desarrollan en un escenario cuyo ambiente resulta exótico y de escasa adaptación para las tropas metropolitanas que se envían a los combates. Guerras que no se resuelven en batallas campales en las que pueda aprovecharse la superioridad técnica del ejército invasor, sino que éste se ve sometido al desgaste de las minúsculas, pero continuadas acciones, en que hay que contar la hostilidad de las poblaciones civiles entre las que tiene lugar la lucha. En este sentido, resultan guerras temibles, de las que los individuos movilizados pretenden escapar. No en vano la lucha en Hispania fue calificada por el poeta Lucilio de «salvaje y dura guerra», y Schulten tiene razón cuando afirma que «la guerra hispánica pertenece a las guerras más infelices que Roma ha hecho». Son luchas que se caracterizan además por su crueldad. Los dos grupos enfrentados se hallan separados por niveles de vida muy distintos; cada uno tiene la mentalidad propia del estado social en que sus pueblos se encuentran. Existe un desprecio tajante por parte de los ocupantes con respecto a los indígenas, desprecio que les hace creer que les están permitidos los métodos más abyectos. A lo que se une el afán de rapiña, típico de la mayoría de los dirigentes de guerras coloniales. De todo ello existen ejemplos característicos en las fuentes que narran la conquista de Hispania por Roma.

La mentalidad guerrera y la capacidad para la lucha se nos aparece también ahora mucho más explicable si analizamos la situación de la sociedad en que se produce este fenómeno, que recurriendo al tópico, entre moral y metafísico, del «heroísmo», entendido en el sentido romántico o nacionalista. A Schulten, tan buen conocedor de los textos clásicos, no se le podían escapar las frecuentes citas en que se confunden bandas de ladrones con bandas de guerrilleros, así como las que los propios forasteros antiguos se dieron cuenta que la miseria y de que el problema agrario era una de las causas básicas de las luchas de los indígenas entre sí y de las luchas con los romanos.

Schulten conoce bien las palabras de Galba dirigiéndose a los lusitanos sublevados en 150 a. de C.: «La pobreza de vuestros suelos y la pobreza en que vivís es lo que os fuerza a hacer estas cosas. Pues bien, yo os daré tierras buenas a aquellos amigos que se hallen necesitados y las distribuiré para su colonización, sin tacañería, dividiéndolas en tres lotes» (Apiano, *Iber.*, 59), y tantas otras referencias de contenido semejante. Sin que tal realidad sea del todo silenciada, sin embargo queda en la sombra en el momento de la valoración y de los comentarios.

Habrá que esperar a la década de los años cuarenta para que aparezcan, con los trabajos de una nueva generación, estudios que expliquen las sociedades

<sup>16</sup> *Sertorio*, p. 186.

indígenas y nos permitan analizar bajo una luz nueva la situación antigua. Así, los de Caro Baroja sobre las estructuras sociales <sup>17</sup> o el de García y Bellido sobre las bandas y guerrillas en las luchas con Roma <sup>18</sup>. Schulten vivía todavía, pero su obra estaba ya acabada. La corriente entonces iniciada ha tenido un desarrollo continuado, pero ello escapa ya a la época y al hombre que nos hemos propuesto estudiar.

#### LA INTERPRETACIÓN DE SERTORIO

La problemática que venimos esbozando enlaza con el caso de Sertorio, tema que merece que nos detengamos un momento. Lo cual se justifica porque la biografía de Sertorio es, sin duda, uno de los trabajos más sólidos publicados por Schulten (no en vano se trata de un tipo de estudio ceñido a lo que fue su formación universitaria a la sombra de Wilamowitz y de Mommsen); es una obra escrita en la madurez de su vida, publicada cuando ya había pasado de los cincuenta años. Y sobre todo porque se trata de un tema en que el desenfoque de fondo, consecuencia del romanticismo nacionalista, alcanza quizá su cota máxima, en una dirección que, si bien Schulten no se inventa, ni mucho menos, sí tiende a consolidarla, al aceptarla y propugnarla dentro de un libro realizado con todo el aparato técnico. Libro que tiene este sorprendente lema, sacado de la biografía que Sabatier escribió sobre San Francisco de Asís: «L'amour est la véritable clef de l'histoire», lo que nos coloca de nuevo sobre la pista de la visión de historiador de Schulten, sobre la que antes ya hemos dado algunas pinceladas.

Comencemos por recordar la vida del personaje. Sertorio, latino originario del país de los sabinos, donde nació hacia el 122 a. de C., presenta una biografía típica y normal durante su juventud, como prototipo del joven militar romano. Entra en el servicio militar en torno a los diecisiete años, interviene en las guerras contra los invasores cimbrios y teutones, pasa por los grados corrientes del *cursus*: es *tribunus militum* y, después, hacia los treinta años, *questor* de la provincia Galia Cisalpina. En el momento en que, en el año 88, se presenta para el cargo de tribuno de la plebe, fracasa por la oposición de Sila. De ahí parte —por lo menos a nivel visible— su intervención en las luchas políticas, que desde hacía años desgarraban la República, en plena crisis. Dentro de poco es figura destacada del partido popular y, como tal, interviene en la guerra civil, al lado de Mario, y, muerto éste en 86, junto a Cinna, que quedó como jefe de los demócratas. Sertorio, aunque alcanzó la pretura probablemente en el 87, no llegó al papel de dirigente de primera fila. Sus consejos de que era necesario contraatacar rápidamente, cuando Sila, victorioso

<sup>17</sup> CARO BAROJA, J., *Los pueblos de España*, Barcelona (Ed. Barna), 1946.

<sup>18</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia el día 14 de diciembre de 1945 en la recepción..., Madrid, 1945.

de la guerra de Mitrídates, desembarcó en Italia, no fueron escuchados. Tampoco aparece en primera línea de los jefes del partido durante las luchas siguientes, si bien consta su actividad en algunas acciones militares, como el reclutamiento de un ejército en Etruria, lo que realizó con rapidez y eficacia. En el año 83 es enviado a Hispania, con un ejército con el que obligó a huir al gobernador de la Citerior, del bando de Sila; pero mientras él conseguía dominar en su provincia, Sila vencía en Roma, y el nombre de Sertorio pasaba a figurar en la lista de los primeros ochenta proscritos. Se nombraba a un nuevo jefe de la Citerior, el procónsul C. Annio Lusco, el cual atravesó los Pirineos con un fuerte ejército para expulsar a Sertorio y tomar el mando que Sila le había confiado. Sertorio no consideró, por lo visto, que tuviera fuerzas suficientes para oponérsele, y huyó por mar, desde Cartago Nova, con sus tropas. Ayudado por los piratas cilicios, que merodeaban por las aguas del Mediterráneo occidental, se estableció momentáneamente en las Pitiusas (Ibiza), pero la flota de Annio lo expulsó. Atravesando el estrecho de Gibraltar, tocando tierra en un lugar indeterminado de la costa andaluza, oyó referencias de las Islas Afortunadas, como lugar tranquilo y feliz, y pensó refugiarse en ellas. Pero lo que hizo en realidad fue intervenir, con los restos de su ejército, en la guerra civil que se desarrollaba entre miembros de la familia real mauritana, poniéndose al servicio de uno de los bandos. Proscrito y huido, sin que quedara a su partido ya ningún territorio romano, todos en manos de Sila, pasaba a actuar de *condottiero*.

Su acción eficaz le permitió tomar Tingis (Tánger) para el partido mauritano a cuyo servicio se había puesto. Ante tal éxito y el prestigio de su personalidad, los lusitanos meridionales creyeron, por lo visto, que podrían contar con él, y le ofrecieron la dirección de la revuelta que preparaban contra Roma.

Aquí entramos en la fase importante de Sertorio en la península. Conocía el país, puesto que había ejercido mando en dos ocasiones. En su biografía anterior aparecen atisbos que nos muestran su disposición para la guerra con bárbaros. Cuando las luchas contra los cimrios y teutones había sido capaz de aprender algo de su lengua, de forma que, disfrazado, pudo actuar en la retaguardia de las líneas enemigas. Debió de sentirse capaz de manejar a esos otros bárbaros, que ahora, ingenuamente deslumbrados por sus condiciones militares, estaban dispuestos a actuar bajo su mando. Es evidente que éstos no se entregaban a Sertorio para entrar en la guerra civil romana y ayudar al partido popular, ni soñaban en convertir a su territorio en un baluarte contra Sila. Los lusitanos debieron de calcular que Sertorio entraba en su juego, como había entrado en el de las guerras locales mauritanas: como un general refugiado que se pone al servicio de una causa que no le interesa.

Sin duda, la idea de Sertorio era muy otra. Al frente de su menguado ejército de romanos, y pudiendo contar con la colaboración de los indígenas que estaban dispuestos a ponerse a sus órdenes, se le presentaba la posibilidad de reanudar la guerra civil desde el momento en que el partido democrático contaría con una base territorial nueva e imprevista. Lo que había fallado en el

tiempo en que había sido expulsado de la Citerior por el enviado de Sila, Annio Lusco, se podía intentar de nuevo.

Desde el primer momento aparece claro el malentendido. Era contratado para defender la independencia de los lusitanos. Aceptaba para hacerles entrar en algo tan específicamente romano como era aquella guerra civil y, desde luego, las cosas marcharon en la dirección que él quiso imprimirles. Desde el primer momento resulta evidente que, cualquiera que fuese la intención primera de los lusitanos, la lucha se desarrolló como un asunto de Sertorio. No resulta fácil de entender, porque, entendiendo este hecho, que nadie discute, se puede presentar a Sertorio y a las guerras sertorianas como un capítulo de las luchas de los indígenas contra los romanos. Schulten, en el momento de narrar la llamada de los lusitanos y el paso del Estrecho por parte de Sertorio, lo manifiesta sin dudas: «Aceptó Sertorio el ofrecimiento de los lusitanos. Conocía a los iberos y ya anteriormente había probado su poder sobre sus corazones. Sabía que guardarían lealtad a un caudillo estimado y debía esperar saber utilizarlos para sus fines y formar de nuevo de aquella ruda, pero valiosa materia, un ejército contra Roma [léase contra Sila]. Demuestra la prudencia de Sertorio el hecho que retuviera en Mauritania una parte de su ejército; de esta forma hubiera podido regresar, caso que la empresa fracasara.»<sup>19</sup>

Sertorio no llegaba solo, puesto que llevaba consigo parte de su ejército (romanos), más los de otro pequeño ejército romano que se le había unido, más alrededor de setecientos mauritanos. Disponía, pues, de un núcleo base, que iba a constituir una fuerza militar que no dependía de los lusitanos, sino que debía servir de catalizador de las fuerzas indígenas que iban a sumársele. El matiz es importante. Con esta tropa, ayudada por un cuerpo auxiliar de lusitanos, consiguió abrirse paso desde la costa hasta Lusitania, sin que las fuerzas mandadas por el gobernador de la provincia lo pudieran impedir.

Sertorio presentaba las condiciones precisas para ejercer el mando de tropas «coloniales». Podía ser seguido por gentes primarias, duras y austeras, porque también él era el tipo de soldado de los viejos tiempos de la República. No en vano se había vanagloriado de ser tuerto, como resultado de una herida de guerra en su juventud, diciendo que las condecoraciones son de quita y pon, mientras que su ojo perdido podía ser considerado una condecoración permanente que figuraba siempre en su rostro. Se cuenta que no era mujeriego, que disponía de gran resistencia física. Es el tipo de jefe que no queda atrás frente a sus subordinados en las horas duras. Por otra parte, tenía la inteligencia del manejo de hombres de mentalidad primitiva. Supo halagarles utilizando medios típicos: colocándoles ornamentos de metales preciosos en los cascos, pintándoles los escudos de colores varios, colocándoles vestimentas de tonos brillantes. Es famoso el caso de la cierva, a través de la cual les hizo creer que disponía de poderes sobrenaturales, puesto que el animal le comunicaba mensajes de los dioses. Cuando se ha vivido de cerca cómo actuaban los oficiales más listos de

<sup>19</sup> *Sertorio*, p. 75.

las tropas coloniales modernas, hace muy pocos años, resulta casi divertido aprender que los procedimientos han variado tan poco. A otro nivel, Sertorio organiza una escuela superior en Osca, donde manda a los hijos de los notables, halagados de que sus hijos puedan poseer una formación intelectual romana. Con ello se patentizan los matices de la resistencia, no tan simples como nos los han pintado, porque, si se trataba de oponerse a rajatabla a la romanización y conservar la independencia y las esencias indígenas, ¿por qué aceptan el juego de la romanización? Al final, también se descubre que Sertorio tenía a los escolares, en parte, como rehenes. Cuando comienzan las deserciones de los notables indígenas, sus hijos, que están en la «universidad» de Osca, son ejecutados.

No cabe aquí entretenerse en narrar las operaciones militares. Sertorio demostró su capacidad, reiteradamente, en el campo de batalla, adoptando la guerra de guerrilla, cuando convenía, y luchando al estilo clásico romano cuando creía que le resultaba eficaz. Supo aumentar grandemente sus fuerzas indígenas, a partir del primitivo núcleo de los lusitanos que le habían ofrecido el mando. Logró controlar gran parte de la península, y nuevas fuerzas romanas se dirigieron a Hispania para colocarse a su lado y bajo su dirección. La posibilidad de disponer, pues, de una base para que el bando democrático pudiera pensar en una ofensiva sobre Roma, comenzaba a esbozarse.

El peligro era evidente, y el Senado, temeroso de un renacimiento del partido popular a partir de los acontecimientos militares en Hispania, no dejó de enviar fuerzas considerables, en algunos casos al mando de jefes probados, como Pompeyo. Sin embargo, el resto de las provincias no se movieron, y no cabía esperar que, en tales condiciones, la base hispánica fuera suficiente para amenazar con una nueva guerra civil de envergadura. Así pues, el desgaste sertoriano era inevitable y, a pesar de sus victorias, había de producirse a la larga.

Porque ni los indígenas eran unánimes en el apoyo a Sertorio. Si bien es cierto que pudo contar con una mayoría favorable, también es cierto que, analizando con detención las fuentes de que disponemos, se observa, con relativa frecuencia, como ciudades indígenas abren sus puertas al ejército romano «oficial», sin hablar del cansancio que se va apoderando de buena parte de sus aliados indígenas a medida que la lucha se prolonga, estérilmente, lo que produce considerables defecciones. Se patentiza entonces el aspecto negativo de las relaciones entre Sertorio y los hispanos. Aparecen las quejas ante el hecho de que nunca se nombren oficiales indígenas, sino que las tropas estén siempre mandadas, aun en grados secundarios, por romanos. Va quedando claro que la lucha tiene un carácter muy distinto del que imaginaron los primeros lusitanos cuando se dispusieron a tenerle de jefe.

El final es conocido. Fueron sus propios oficiales los que quisieron deshacerse de Sertorio, asesinándolo, porque, sin duda, consideraban que no había solución más que liquidar la guerra, rápidamente, como fuera.

¿Cómo enfoca Schulten la aventura sertoriana? Nos da una visión que re-

sulta incoherente por contradictoria. Por una parte, se repite la idea de un «imperio sertoriano», la intención de Sertorio de «fundar en España una segunda Roma, desde la cual poder arrancar, poco a poco, de la oligarquía el resto del mundo romano para incorporarlo a su Imperio hispánico»<sup>20</sup>, para decirnos a continuación que «continuaba fiel a Italia», que «Roma continuaba siendo para él la dueña del mundo», que «viene a ser un predecesor de César, que se formó en la Galia una base contra Roma»<sup>21</sup>.

Entonces, si se da cuenta de la maniobra, consistente en la creación de una fuerza militar que, desde una base provincial, permita la marcha sobre Roma y el asalto del poder por parte del partido democrático, y en el cual las tierras hispánicas y los hombres que en ellas le prestan apoyo no juegan más papel que el de una simple plataforma, que podía haber sido ésta o cualquier otra, geográficamente distinta, ¿a qué viene esta «España, segunda Roma»?

Está claro que Schulten conoce suficientemente bien la historia romana para no dejarse engañar por el hecho que Pompeyo, al celebrar su triunfo después de derrotados los sertorianos, lo hizo como si se tratara de una victoria colonial sobre bárbaros enemigos de Roma, y no como el final victorioso de una guerra civil. En efecto, cuando menciona que Pompeyo, en la inscripción del monumento que hizo levantar en el Pirineo, gloriándose de haber conquistado entre los Alpes y Sierra Morena ochocientas setenta y seis ciudades, hace constar con agudeza que, si no se refiere para nada a su triunfo sobre Sertorio, es por «la noble costumbre romana de no querer triunfar sobre sus conciudadanos»<sup>22</sup>. Sabe que se trata de una lucha entre los dos partidos que se disputan el poder en Roma, y no de otra cosa, y no esconde tal realidad en una serie de datos y de comentarios.

Se le considera como «el porvenir para el partido democrático»<sup>23</sup>; se hace constar en dos ocasiones, que después de su asesinato se comprobó, que había recibido cartas de altos personajes de Roma que le llamaban para que acudiera a la capital para encabezar un golpe del partido popular contra el régimen oligárquico; se explica cómo organizó en las tierras que dominaba un antisenado, formado por notables romanos del partido vencido, con la esperanza que un día, después de la victoria, podría ser el sustituto del que estaba funcionando en Roma; se señala el descontento de las tropas indígenas, por el hecho de que jamás permitió que existiera en su ejército oficialidad que no fuera romana. Es decir, se proporcionan múltiples informaciones (de las que sólo escogemos algunas) para que nos demos cuenta con toda claridad de cuál era la política sertoriana y de cuáles eran sus fines y objetivos.

De ninguna manera se puede compaginar este enfoque (que parece el auténtico) con el hecho de considerar el trágico final de Sertorio como el «fin de la guerra de independencia celtibérica», como se titula el capítulo XV, en el que

<sup>20</sup> *Sertorio*, p. 110.

<sup>21</sup> *Id.*, p. 197.

<sup>22</sup> *Id.*, p. 177.

<sup>23</sup> *Id.*, p. 202.

se nos dice que, destruido el ejército de Sertorio, «volvió a ser provincia romana la Hispania Citerior después de un dominio sertoriano de siete años (78-72). La guerra de independencia luso-celtibérica, que había durado cien años —desde el 181—, había, finalmente, terminado. Lo que posteriormente pudiera todavía suceder, no sería ya otra cosa que las últimas convulsiones, pronto dominadas»<sup>24</sup>. Entonces, ¿hemos de suponer que mientras dominaba el hombre que era «el porvenir del partido democrático» las provincias hispánicas habían dejado de ser romanas, por el hecho de que en Roma mandaran los del partido contrario? El hombre que aspiraba a ser el jefe de la República, se nos presenta como encabezando una fase de las guerras indígenas anti-romanas, como un líder de la independencia indígena. ¿Se puede pedir mayor confusión? A ningún historiador se le ha ocurrido nunca presentar los esfuerzos de César para crearse una base militar en las Galias con la que asaltar el poder en Roma como algo que pudiera haber ido ligado a la constitución de un «imperio galo», ni a relacionarlo con la resistencia indígena. Es cierto que previamente había aplastado a las fuerzas indígenas, lo que no tuvo que hacer Sertorio, pero la maniobra es paralela, en el fondo, como el propio Schulten no deja de hacer constar.

Consecuentes con esta realidad, los historiadores romanos son favorables o contrarios a Sertorio según sea su posición política y la simpatía o antipatía que manifiestan hacia el partido democrático. Ninguno de ellos, ni de lejos, le presenta como un traidor que se hubiera puesto al frente de tropas hispánicas para luchar contra Roma. Ellos sabían muy bien cuál era la finalidad de su lucha, y consideran puramente accidental el que parte importante de sus fuerzas estuviera formada por tropas coloniales. Salustio escribió su vida presentándole como una de las grandes figuras del partido democrático, dando de él una pintura favorable, tal como corresponde a la filiación y a las simpatías políticas del historiador, para lo cual Sertorio contaba además con una baza favorable a los ojos de Salustio: no pertenecía a la nobleza, de la que dicho escritor se muestra feroz enemigo. Lo contraponen a dos figuras del bando que odiaba, jefes de la oligarquía, Catilina y Yugurta, a los que pinta con negras tintas. De esta fuente salustiana, casi totalmente perdida, tomó Plutarco los datos para incorporar la figura de Sertorio a sus *Vidas paralelas*. El punto de vista desfavorable está representado por los historiadores del bando político contrario. Livio, de tendencia pompeyana, fragmentariamente conocido en lo que se refiere a Sertorio a través de las *Periochae* o de fragmentos tomados por otros historiadores, Floro, Orosio, Eutropio, Obsequio, Frontino, Valerio Máximo, Veleyo. Y sobre todo Apiano, asimismo pompeyano, en sus textos que forman parte de la guerra civil (I, 108-115), o Diodoro (37, 22, a), para el cual Sertorio en sus últimos tiempos se convirtió en un tirano, o Sisena, del que, aunque se haya perdido su obra, sabemos que era netamente antisertoriana, pues estaba escrita bajo la influencia de Sila.

<sup>24</sup> *Sertorio*, p. 176.

El panorama, pues, resulta claro. Se estaba en contra o en favor de Sertorio, según se estuviera por Sila y por Pompeyo o por Mario y por César, es decir, por la oligarquía o por la democracia. A los ojos de los historiadores latinos que conocían la cuestión de cerca, los lusitanos, los celtíberos y los iberos no jugaban, claro está, el menor papel en el problema de Sertorio.

Acabamos de ver que en el *Sertorio* de Schulten existen dos vertientes contradictorias: por una parte, la visión del político refugiado que pretende crearse una base para el contraataque sobre Roma, ayudado por las gentes de su partido, y por otra, el caudillo de los iberos, como si hubiera aceptado encabezar la resistencia indígena contra Roma. Y si bien Schulten tiene suficiente talla de historiador para dejarnos entrever, a través de sus simpatías sentimentales por la libertad de los indígenas, que lo que vale es Sertorio como romano de la guerra civil, la confusión de la doble vertiente da pie para que parte de sus lectores aprecien y valoren sólo la cara «nacionalista» de la medalla. Sin dejar el libro, observemos lo que sucede en el prólogo de la traducción castellana (que, por otra parte, debió contar con la aprobación de Schulten). Su traductor, que no es un historiador, sino un amigo de Schulten, nos dice lo siguiente: «Es un deber de gratitud de los españoles hacia el Dr. Schulten el que hubiese, en su día, sacado de la penumbra histórica al ídolo de los iberos. [Sertorio] ... tiene un interés especial en la historia peninsular como elemento de cristalización de la primera unidad entre los iberos, que, superando por primera vez la disgregación tribal, crea una superestructura política. ... Ya no era la Numancia del año 143 a. de C., con otras pocas y dispersas ciudades, las que ofrecían resistencia aislada a las águilas de Roma; eran prácticamente todos los celtíberos y los lusitanos, desde Olisipo hasta Tarraco, y desde los Pirineos hasta el Guadalquivir, cubriendo las tres cuartas partes de la península, los que, bajo las banderas de Sertorio, eran capaces de luchar, encuadrados en una organización militar, por un ideal común.»

Casi ya tenemos la «unidad de España» montada por Sertorio. Nada menos.

#### SCHULTEN EN LA HISTORIA DE CONSUMO

Hemos acabado adrede citando unos párrafos que no escribió Schulten, pero que dependen de Schulten. En este caso, como en tantos otros, lo importante no es que Schulten lo afirme o no lo afirme, sino que su visión, aunque mucho más matizada, está dirigida de tal manera que resulta fácil que un lector poco cauto caiga estrepitosamente donde él no ha caído, porque se ha quedado en el borde mismo.

Ninguno de los tópicos que hemos analizado han sido inventados por el historiador alemán. Responden a una larga tradición, que se acentuó con el jacobinismo del siglo pasado. Pero en sus manos toman un valor y una gravedad excepcional, aunque los presente con mayor prudencia que otros historiadores locales, por dos razones: por su prestigio y por el hecho de ser alemán.

Como escribe Pericot: «en pluma de un escritor no español nadie podrá atribuir a pasión partidista la ponderación del heroísmo hispano». Y quien dice del heroísmo, podemos añadir, de cualquier otro aspecto exaltado por el romanticismo o por el nacionalismo localista.

Hay que recordar el inmenso prestigio de que gozaba la ciencia alemana en España en las décadas en que Schulten corría por el país y se publicaban sus obras, y el hecho —que ya hemos señalado— de que se trataba de la primera figura entre los investigadores de la historia antigua peninsular, en una posición, más que destacada, imbatible.

Los restantes historiadores, los que escribían los más divulgados libros generales sobre historia de España seguían sus huellas, de forma que la resonancia de su obra realzaba los puntos de vista que, en buena parte, ya estaban en circulación.

Se podrá objetar que todo ello es historia pasada, que la investigación actual va por otros caminos, que, por tanto, quizá no merece la pena de dedicar tiempo a conocer fenómenos que están en proceso de desvanecerse. Pero también podríamos preguntarnos: ¿realmente estamos tan lejos de Schulten? Existen las corrientes de investigación en las que se mueven los especialistas, y en este campo no hay duda que buena parte de lo analizado aquí ha desaparecido. Pero, a su lado, existe lo que podríamos denominar la *historia de consumo*, de mucha menos importancia técnica o intelectual, pero de enorme impacto social. La que se enseña en las escuelas, la que recogen los libros de divulgación, la que dirige la mentalidad de los periodistas, la que se utiliza en los discursos públicos. En definitiva, la que moldea la mentalidad del hombre común.

¿Quién podría asegurar que en la historia de consumo, la que más pesa en la vida del país, gran parte de lo que hemos comentado de la obra de Schulten, que con su prestigio viene a reforzar a la de tantos otros autores, no está viva, y muy viva?